



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
C. No. 1625 MONTERREY, N. L.

LAS ENTRAÑAS DEL PULPO

UN animal que chupa sangre con la fuerza del vacío y cuyos tentáculos nerviosos se contraen maquinalmente, debería llegar á la saciedad y descansar como todos los animales; pero el pulpo no se sacia ni descansa porque crece. Crece en el fondo del mar tomando proporciones gigantescas, como crece en el fondo de *nuestras cosas* en la capital de la República, tomando proporciones escandalosas.

—¿Quién le habrá metido en la cabeza á este señor, decía la otra noche una vieja, ponerse á hablar de estas cosas. Qué le vá ni qué le viene con que una empeñe? Yo empeño, cabal que sí, y qué tenemos con eso? Sabe Dios de cuántos apuros nos ha sacado el Monte. Cierto es que ya se nos acabaron las alhajitas, pero vamos viviendo. Qué bien se conoce que ese señor de la *Libertad* no sabe lo que son *trinquetadas*. Yo le aseguro á V. que hemos pasado algunas, que si no hubiera sido por la Divina Providencia junto con algunas firmas, nos hubiéramos muerto de hambre.

—Y sobre todo, señora, dijo un señor trigüeño y entrecano que tenía negocios con el dueño de la casa, esto de declamar contra la usura es una barbaridad; es hablar de memoria como generalmente lo hacen esos escritorzuelos ignorantes. Es cierto que yo presto; pero, qué quiere V.; si no hay negocios; todo paralizado, todo para los extranjeros, todo es monopolio; y además no hay protección, ¡Vaya V. á ver! Agio-

tistas! pues cabal que sí; yo no les pongo una pistola al pecho; muy al contrario, ellos, los necesitados, vienen á mí, y me buscan, y me asedian, hasta que logran lo que quieren.

Como se vé, la señora y el agiotista tenían mucha razón. También tenía mucha razón un amigo mío al asegurarme que no había de conseguir nada con mis declamaciones, y que eso de decir la verdad es una cosa seria y peligrosa.

Por eso en este artículo voy á reconciliar los ánimos; voy á concederles la razón á todos los que la tienen; y el pulpo, las víctimas y yo vamos á acabar por ser los mejores amigos del mundo, vamos á estar completamente de acuerdo.

Conozco un señor que presta, quiero decir, que no ha hecho otra cosa en su vida más que prestar. Es cierto que solía confesarse, porque es católico; pero eso, lejos de ser un defecto es una recomendación. De manera que este señor ha hecho siempre dos cosas buenas y á todas luces irrepro-

chables. Algunos de entre sus mismos clientes ¡mal agradecidos! le echan en cara, no precisamente que preste, sino las condiciones. Pero ni en esto tienen razón los clientes; las condiciones se pactan de común acuerdo, y vaya V. á quejarse! ¿de qué? Cuando una cosa se pacta es menester cumplirla: Que las condiciones son ventajosas para el agiotista. ¿Y qué? Hace muy bien. No faltaba más sinó que el agiotista le prestara á uno sin interés; eso sería un disparate.

Muchos dicen que los agiotistas se salan, porque trafican con las lágrimas y con las aficciones de los pobres; que abusan de las situaciones desesperadas; que acaban por perder todo resto de piedad y de conmiseración; que no tienen caridad ni sentimiento alguno de benevolencia con que atenuar lo odioso de ese comercio que nació entre los judíos.

Pero vaya V. á hacer sentimentales á los agiotistas; revístalos V. de piedad, de conmiseración y de todas esas virtudes cristia-

nas, y adios gremio; desaparecería como por encanto. Sería eso lo mismo que suprimir los tentáculos en el pulpo y lo insidioso y voraz y cruel de su índole, y adios pulpo, se convertiría en salmón. Es necesario convencerse de que las cosas y los animales están distribuídos en este mundo de una manera sabia, y que, cuando más, tendremos algunas veces el derecho de convenir en los males necesarios.

En cuanto á los que ceban al pulpo, también es necesario convenir en que tienen mucha razón. El entendido lector decidirá.

Don Librado tiene dos hijas, Clementina y Sara. Bonitos nombres.

Don Librado tiene cien pesos de sueldo. Es poco.

Llegan las fiestas de Noviembre y Sara y Clementina le hacen á su papá estas sabias reflexiones:

—Los vestidos se usan altos. Luego es necesario llevar botines de cabritilla abronzada, de á cinco pesos.

—Son diez pesos,—piensa don Librado.

—Los de á veinte reales son para gente ordinaria.

—Mis hijas son finas,—piensa don Librado.

—Además, los dos sombreros que vimos en Plateros, no valen más que treinta y cinco pesos cada uno, y son elegantísimos, papá,—agregaron Sara y Clementina juntas, radiantes de alegría, de una alegría tal, que D. Librado pensó:

—Son ochenta.

Y como D. Librado será todo lo que se quiera, pero es tan buen padre de familia, pidió cien pesos al pulpo con el 12 y medio por ciento. Quiere decir, que recibió 87, 50 y quedó muy contento de destinar los 7 50 restantes á Bejarano.

Táchese de inconveniente este rasgo de amor paternal. Atrévase alguien á censurar á D. Librado, especialmente al verle en el redondel exhibiendo á Sara y Clementina, deslumbrantes y atrayendo las miradas por sus preciosos piececitos de hada, y sus lindas cabezas, sobre las que se derramaban

perlas, plumas, pájaros y encajes. ¡Qué satisfacción para D. Librado! ¡qué momentos para las niñas! ¡qué fruiciones para los novios! No lo van Vds. á creer, pero D. Librado se reconciliaba interiormente con su situación financiera, pensando en que sus hijas estaban deslumbrantes. ¡Qué amor de padre! Y luego pensaba:

—Así, se casarán ventajosamente.

Y mezclando en su alma los gorros, el amor, el tanto por ciento y la esperanza, D. Librado hacía aquella noche el papel de un hombre completamente feliz, ó cuando menos, el papel de rico, que es de lo que se trata.

Entre ser rico y no serlo, hay un término medio: aparentarlo. El pulpo es el primero en regordarse de nuestra afición á esta apariencia que las costumbres han elevado á la categoría de ley.

Cuando D. Librado decidió *hacer el negocio*, figuraron como en algunas comedias, personajes reales y personificaciones. Estaban en escena D. Librado, el Agiotista, el

Sentido común, la Vanidad y el Amor, y pasó lo siguiente:

D. Librado.—Tengo cien pesos y necesito gastar doscientos.

El Sentido común exclamó sin que le preguntaran:

—Gasta ochenta y guarda veinte.

La Vanidad.—Las fiestas de Noviembre..... los gorros..... Bejarano.

D. Librado.—¡Amo tanto á mis hijas!

El Agiotista.—Doce y medio por ciento.

El Sentido común hizo un gesto.

El Amor le dió un beso á D. Librado.

D. Librado se desvaneció.

El Sentido común.—Antes de ocho meses, habrás pagado doble de lo que hoy recibes.

D. Librado.—¡Buenísimo!

El sentido común.—Pero lo seguirás debiendo, porque en ocho meses se duplica la deuda.

D. Librado.—Es cierto, pero puedo sacarme la lotería.

El sentido común.—Vive con modestia con ochenta pesos. Economiza veinte y for-

marás un fondo que crecerá por capital y réditos, sabiendo emplearlo, y vivirás tranquilo y honrado.

—Teoría! exclamó D. Librado.

—Aritmética, afirmó el sentido común.

—¡Qué estúpido es el sentido común! dijo D. Librado.

La vanidad murmuró sólo esta palabra «Bejarano.»

D. Librado se sonrió con una sonrisa de novia.

El amor le presentó entónces las imágenes de Sara y Clementina sin sombrero.

D. Librado arrebató la pluma de manos del agiotista y firmó el documento. Y salió tan triunfante como su sobrino, un pollo que ha vestido de raso á una de *esas señoras*, con la intervención del pulpo.

*
* *

Análisis de otra partícula de las entrañas del pulpo para concluir.

En una que fué celda del convento de la

Concepción, hay una enferma de peritonitis. Acaba de salir el médico y tras él el marido de la enferma.

Reina un silencio de muerte en aquella vivienda y se destaca en el fondo de la recámara, casi oscura, parada en el dintel, una jóven cubierta con un vestido chillante y desgarrado. Hacia su izquierda está la cocina, y sentada en el suelo una de esas criadas andrajosas que pertenecen á la última y más abyecta clase social.

Aquellas dos figuras inmóviles vigilan con la mirada un grupo de cinco niños sentados en el rincón opuesto de un pequeño corredor, que difícilmente pueden guardar el silencio y la compostura que se les ha recomendado.

En la cocina no hay lumbre, en la casa no hay ni comida ni medicinas. El marido de la enferma salió á *ver qué hace*.

Después de muchas vueltas cayó entre los tentáculos del pulpo. Un hombrecillo de edad indefinible escribía y recorría alternativamente las fojas de un libro grasiento. El

marido de la enferma esperaba hacía un cuarto de hora.

—Qué hay, amigo? dijo el hombrecillo entre dientes y levantando la ceja izquierda.

—Señor, que mi mujer está en la cama y...

—Hoy no tengo dinero.

—¡Por el amor de Dios! vea V. señor que si V. no me saca de este apuro, me vuelo la tapa de los sesos. Mis hijos no han comido.

—Bueno! murmuró el agiotista y volvió á escribir.

—Señor, dijo el marido despues de haberse tragado sus lágrimas, siento molestar á V. pero no tengo otro recurso.

—Pues lo que es ahora..... dijo el agiotista levantando sus gafas sobre la frente para ver debajo de ellas á aquel desgraciado.

—Con cincuenta pesos me hace V. feliz, salva V. á mi familia.

—Familia: repitió el agiotista pensando en otra cosa.

—Yo no me paro en las condiciones; serán las que V. guste, pero présteme V. ese dinero.

—Hoy no tengo ni medio en caja.

—Señor!.....

—Pero qué quiere V. que haga? exclamó el agiotista de mal humor. No me puedo volver dinero. No lo tengo, no lo tengo.

Estas palabras fueron dichas con acento tan duro, que el pretendiente hizo un movimiento para salir.

—Dinero; esta es la canción, todos quieren dinero ¡habráse visto!

—Déme V. al menos un consejo.

—Consejo, repitió el agiotista distraído; y al cabo de una pausa agregó cambiando de tono. Consejos y bigotes no se usan. Y salió de aquella boca una risa seca é histérica como para finjir una jovialidad que sentaba mal á su temperamento nervioso é hipocondríaco.

Esa risa había ido á herir el corazón del pretendiente como un dardo y á darle tintes más sombríos y más relieve al cuadro desgarrador de su casa triste y desolada. Una amargura indefinible inundaba su alma y mil pensamientos siniestros cruzaban ya

por su cerebro, como las aves que revolotean en el espacio al anunciarse la tempestad. Sabía que aquel hombre podía salvarlo; pero era inútil pretender conmoerlo. De allí podía salir con el dinero y correr á comprar pan y medicinas, pero podía también no conseguir nada y entónces..... entónces sentía aquel desgraciado los impulsos del despecho, de la cólera, de la desesperación, y se sentía capaz de arrojarse sobre el prestamista y extrangularlo.

Durante aquella pausa había una lucha secreta entre dos almas, en la que se empeñaban los sentimientos más opuestos; la suprema desolación luchaba con el frío egoísmo; la angustia del desvalido luchaba con el cálculo artero; la miseria luchaba contra la avaricia.

Hay en el corazón de todos los mortales fibras simpáticas que vibran por un efecto semejante al de las cuerdas templadas en el mismo tono; suena una porque sonó la otra. La armonía moral se parece á esta armonía de las hondas sonoras. A esta armonía res-

ponden siempre los corazones nobles y suelen responder también los corazones malvados. Para ser la excepción de este acorde, nació el corazón judío, y basta el ruido de unas cuantas monedas para desviar las hondas sonoras del sollozo.

El hombrecillo de quien nos ocupamos había sentido desde su juventud el escozor de la avaricia, que mató en flor en su alma, la caridad y el amor. Luchó algún tiempo como un animal indomesticable con esas guirnaldas que le estorbaban como á un caballo bruto que se enjaeza, hasta que logró identificarse con el guarismo.

Se parecía á esos saltimbanquis que han ganado su vida durante muchos años tragándose una espada. El roce frecuente del acero frío ha logrado matar la exquisita sensibilidad de la gloria del exófago y del paladar.

Se había parado en la vida como esas aves de los cementerios, indiferentes al dolor humano.

En el limbo de las angustias, de las mi-

serias y de los dolores extendía la mano cobrando un peage, cuotizaba los estremecimientos de la desgracia; y las lágrimas ajenas brillaban al través de sus gafas como gotas de oro.

Cuando observó que la agonía de su pretendiente había llegado á un punto que pondría impunemente á la víctima en sus manos, exclamó:

—¿Cuánto necesitaba V?

—¡Cincuenta pesos! se apresuró á decir el pretendiente radiante de esperanza.

—Pagaderos en un mes.

—Sería mejor en dos, porque...

Midió el agiotista á su cliente de arriba á abajo con una mirada como para averiguar si podría vivirlos, sacó una hoja de papel y se puso á escribir: A un mes de la fecha etc.

El rechinado de la pluma, como baño magnético restablecía la circulación de la sangre del pretendiente.

Cuando el prestamista acabó de escribir, dijo:—Pero ya sabe usted que no tengo dinero.

—Pero señor, entónces.....

—El caso es que usted ha de sacar raja: no hay cosa peor que los porfiados. Vamos á ver. Y sacó una cajita que parecía llena de clavos. Mire usted tengo alhajas; esta tumbaga vale noventa pesos. Mire usted qué agujas. Estos aretes de coral legítimo valen cuarenta y cinco. Anillitos desde á diez pesos. Le voy á formar á usted un lote. Y se puso á escojer baratijas, revisándolas veinte veces y gastando un tiempo que al pretendiente le pareció eterno.

—Eh, vamos á ver, dijo por fin: hé aquí el lote. Cincuenta pesos menos doce y medio son treinta y siete y medio. Conviene?

—Pero dónde voy á vender eso?

—Los empeña usted.

—¡Qué me prestarán!

—No hacemos negocio, dijo el agiotista haciendo ademán de romper el papel.

—Vengan las alhajas.

—Firme usted.

El pretendiente firmó, recibió las alhajas é iba á despedirse.

—Yo compraría el anillo.

El pretendiente lo vió bien y le pareció falso, é interrogó con una mirada al prestamista.

—Doy tres pesos.

Con tres pesos habría pan y medicinas.

—Vengan. Los recibió y salió.

No pudo vender los aretes, al día siguiente sino en diez pesos porque no valían más.

Iba á pagar cincuenta por trece recibidos. Y por sarcasmo de la suerte aquel desdichado estuvo obligado á bendecir á la Providencia en la forma de un tentáculo del pulpo.

Estos cincuenta pesos, como parte de la circulación de la moneda en la capital se dividen en dos fracciones.

La primera de 37 pesos representa el lucro de la usura.

La segunda de 13 pesos representa el anticipo al pobre.

El beneficio incidental á favor del pauperismo, valor nominal es de trece pesos; pero el valor real de un préstamo de 13 pesos

en un mes; según el valor legal del dinero en el total de la circulación, es de trece centavos.

En estas proporciones se verifica la trasfusión del dinero de los pobres al incommensurable vientre del pulpo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1494 - DOUTREFFY, MEXICO